

# IOSKA

Yolanda Fernández Ordóñez/Facultad de Ciencias

Ioska, ¡qué recuerdo tan extraño es el que de ti guardo! Nebuloso, con esa niebla azul que envuelve los sueños o las cosas que se van quedando atrás en el pasado. Extraño, muy extraño, verde y hermoso aún en su tragedia. ¡Y pensar que nadie lo sabrá! ¿Para qué contarlo si nadie me creerá? —Fantástica historia —dirían algunos. —¡Qué imaginación! —añadirían los demás. ¡Pero creerlo, nadie! Ni la misma Silvia hubiera podido, pero es mejor que nunca se lo haya dicho. Aún yo me niego a creerlo si no fuera por esto que me lo confirma. Quisiera olvidarte, Ioska, pero creo que no será posible.

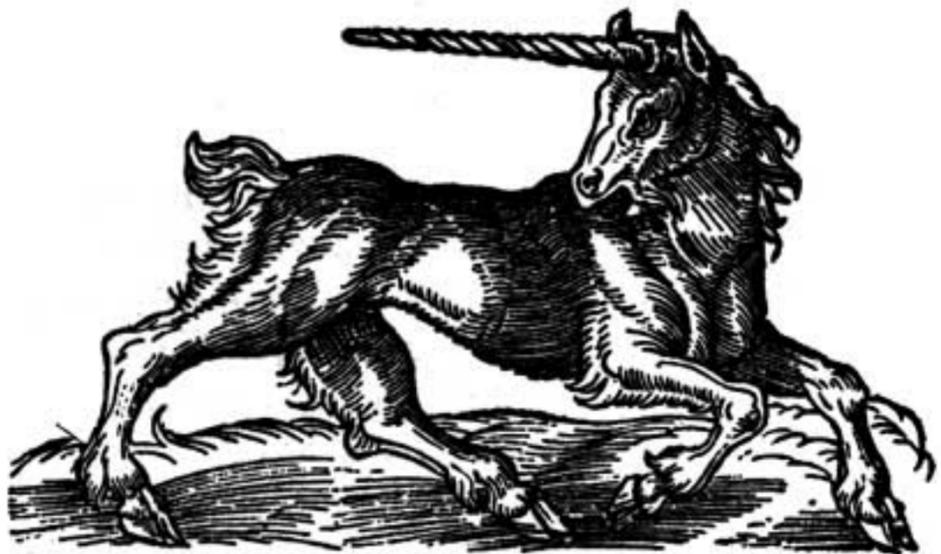
Como sueño cabrías en la mente de cualquiera, pero no como realidad. La mente es tan amplia que parece que pudiera caber en ella cuanto existe, pero siempre hay cosas que son rechazadas, tachadas de imposibles fantasías, que vuelven a considerarse con recelo preguntándose qué pasaría si existiesen de verdad.

Mi mente está llena de pensamintos como estos que a veces se alejan para volver, renovados, a luchar en mí con más fiereza. Casi siempre estoy invadido de un sentimiento de angustia que parece ser lo único que llena el descomunal vacío que Ioska abrió en mí. Un canal inmenso por donde se escaparon, como las aguas de un plácido lago, todas mis antiguas creencias de la vida, todas mis esperanzas y ensueños, dejando solamente el fondo arenoso y salado en el que no puede germinar ya nada. Nada hay ya que sea verdadero, nada es quizá como yo lo veo. En el seno de las cosas más insignificantes se revuelven enigmas y misterios que no intento siquiera descifrar por temor de agrandar el vacío y la angustia de la soledad. Me siento impotente espectador de la destrucción de mundos invisibles que no comprendo, pero no por eso menos reales. Si por lo menos estallara mi cabeza esto tendría un fin. El fin del sufrimiento de no poder apartar el pensamiento de ideas extrañas e incomprensibles, del temor a lo desconocido acentuado por una relampagueante visión que me lo presenta inaudito y espantoso.

¡Ioska, Ioska!, ¿qué has hecho de mí, de mi vida entera, de Silvia? La lluvia azota con fuerza los esqueletos de los árboles y el viento ulula en las esquinas como un alma en pena. ¿Dónde ha quedado el ayer feliz? Nunca me di cuenta de todo lo que poseía, de la sonrisa siempre dulce y amable de la fiel Silvia, que siempre comprendía. Nunca supe ver el fondo de su alma bella y buena, pero ahora es tarde. Cree, por culpa mía, que la he olvidado y sufre. Pero, ¿de qué le serviría tenerme a su lado, si ya sólo soy capaz de sentir temor?, ¿para qué podría querer mi alma, helada por un cierzo desconocido? Tienes que olvidarme, Silvia, aunque me parece que he leído en tus ojos que no podrás. Inténtalo si aún me amas y perdóname, aunque no comprendas.

\*

Sí, ¡todo estaba igual que ahora! El día era tan gris y frío como éste y la lluvia, acompañada del viento, se empeñaba en destrozar cuanto encontra-



ba a su paso. Los árboles se doblaban lastimosamente y por la ventana se veía la calle desierta.

—¿Cómo sucedió? —aún me pregunto sin encontrar una respuesta que me satisfaga. Había cerrado aquel libro colocándolo sobre la mesita y mi mente divagaba. Descubrí entonces un resplandor por demás extraño, como los que se ven sobre los cristales de las ventanas cuando las asaetean los últimos rayos del sol. Me llamó la atención, pues el día era oscuro y la luz de la lámpara no habría causado tal reflejo. Comenzó a crecer en intensidad y magnitud, primero lentamente y luego con una rapidez pasmosa. Era tan grande a los pocos momentos, que me era imposible distinguir los objetos de la habitación. Sin poder dejar de mirarla y con los ojos llorosos por no haber parpadeado, sentí que todo a mi alrededor daba vueltas con velocidad vertiginosa. Se apoderó de mí un vértigo tan terrible que quise gritar y detenerme de cualquier cosa, pero las manos se crispaban sintiendo solamente el vacío. Mis pies ya no sentían el contacto del suelo ni mi cuerpo el del sillón. Entonces, un golpe sordo en todo el cuerpo y no supe más.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me tienen aquí?, yo no estoy enfermo de nada, ¡miren, puedo levantarme! Éstos fueron, más que palabras, pensamientos, pues contrariamente a lo que pensaba, no me era posible mover ni un dedo ni pronunciar palabra. Mis ojos, inundados de lágrimas de espanto, recorrían devoradoramente la habitación esperando encontrar algo o alguien conocido. Las palabras y gritos se ahogaban en mi garganta y me sentía como colocado bajo una plancha de acero que me trituraba los huesos. No había absolutamente nadie y la plancha que me aprisionaba no existía. Yacía en una cama —de alguna manera hay que llamarla— que más bien parecía tina de baño o sarcófago sin tapa. La plancha era tan sólo un lienzo cuyo contacto me producía asco y que parecía estar cubierto de una babosidad que me aprisionaba fuertemente. Todo a mi alrededor era verdoso; no había, hasta donde mi vista alcanzaba, puertas ni ventanas ni ningún orificio. La cama era cuanto había; la cama y yo. Ningún ser viviente en quel lugar que tenía la forma de un cascarón de huevo cortado longitudinalmente, de superficie rugosa como la de una semilla de durazno. Siempre me vienen a la imaginación las ideas menos apropiadas. Pensé en esos momentos si las paredes de aquel huevo sabrían a fruta o a yema.

Pero no eran así todos mis pensamientos. Me parece imposible enumerar cuantas sensaciones y temores se sucedían en mí. Terrores, desesperación, angustia y depresión. Todas mis preguntas las respondía un silencio extraordinario. No escuchaba ni siquiera el latir de la sangre en las venas o mi respiración. Un silencio atroz que nadie será capaz de comprender. Me parece que ni aun dentro de las tumbas existe. Se escuchará, aunque sea lejanamente, el ruido del mundo que quedó fuera o el movimiento de los animales de la tierra o cualquier cosa, pero no un silencio tan absoluto como aquél.

Creí que había muerto, pero no me consoló este pensamiento. Era ridículo ese lugar. Nunca había tenido una creencia fija de lo que sucedía más

allá de la muerte, pero ese lugar era chocante para pasar la eternidad. Además sentía mi cuerpo vivo todavía; podía, aunque confusamente, pensar. Los muertos no sienten ni piensan. ¿O pensarán los muertos?, ¡vaya, y por qué no! Volvían a asaltarme descabelladas ideas sobre lo que hacían los muertos cuando el mundo ya no los veía. ¡No! ¡Yo no estoy muerto, estoy más que vivo! ¿Pero qué hago aquí? ¿Qué es todo esto? —me repetía sin convencerme totalmente. Traté de recordar y no veía al principio más que la luz que crecía desmesuradamente. Recordé después la sala de la casa, la mesa, el vértigo y la sensación de que caía de algún lugar de enorme altura. Pero nada de esto explicaba mi situación. ¡No, muerto no estoy! Lo que pasa es que me he vuelto loco, completamente loco. Estoy en casa, en mi cama, que es como todas, pero que yo veo como sarcófago; en un cuarto como cualquiera pero que para mí es un huevo o un durazno. ¡No, no! Tampoco esto es posible, ¡Dios mío!, ¿qué me pasa?

Por toda respuesta a mis desesperadas interrogaciones, el silencio, ese silencio atroz que cortaba toda esperanza. Sucedió entonces algo que bien puede llamarse un milagro: me dormí. Dormí profundamente sin sueños de ninguna especie, pero que tampoco hicieron falta. ¿Para qué quería los sueños si me esperaba al despertar la espantosa realidad de una pesadilla?

Hice un descubrimiento que me confirmó casi totalmente mi locura. Todo estaba lleno de un líquido verdoso y viscosísimo. Decididamente he perdido la razón. ¿Cómo puedo estar sumergido en una viscosidad irrespirable sin morir? Me sentí tan desesperado que quise llorar hasta el fin, hasta que en vez de lágrimas brotara sangre, llorar hasta morir. ¡Y no derramé una sola gota salada! Me sentía desamparado como nunca antes en mi vida, abandonado de todo y de todos. Nadie a quien recurrir, pues hasta el pensamiento estaba cansado ya de repetirse las mismas ideas sin concluir nada. ¡Cómo hubiera deseado ver en esos momentos al más inferior de los insectos! ¡Una araña, una hormiga, un piojo! ¡Oh, quería ver un piojo! Tantas hormigas y arañas habían muerto bajo mis pies y yo anhelaba hasta la desesperación ver, no ya una de ellas, sino la sombra de un vil piojo.

No sé cuanto tiempo permanecí en ese estado, pues perdí completamente toda noción del tiempo y no me importaba ya nada. ¡Ahora creo que siempre acaba uno por resignarse cuando las cosas no parecen tener remedio. Si no se hace por convicción propia, entonces las circunstancias obligan a ello. Si aquello tenía un fin, llegaría solo y si no lo tenía, cuanto hiciera sería inútil.

•

¡Me parece haber oído algo! Tal vez sólo he imaginado, creo que no volveré a escuchar sonido alguno. Pero sí, ¡algún rumor que parece acercarse! ¡sí, algo viene! —me decía con un último vestigio de esperanza. En efecto, se escuchaba como el rumor de agua que corre. Si se estuviera yendo este asqueroso líquido por alguna parte, quizá pudiera moverme. Cerré los ojos durante unos momentos para concentrar mi atención en ese sonido que parecía acercarse cada vez más. Cuando los abrí, pude haber emitido el sonido más salvaje y aterrorizado que nadie hubiera escuchado jamás. A pesar de que había deseado con fervor ver algo o alguien no esperaba aquello. ¡Dos seres estaban junto de mí! Uno a cada lado de la cama. Me miraban sin expresión, como las figuras de cera que tanto temen los niños en los museos. Cabe decir que tenían forma humana como cualquiera, pero un no sé qué de espantoso. Hubiera querido levantarme y correr, correr . . . , hasta donde pudiera escapar de esas miradas huecas. Las cabezas eran redon-

das, las frentes amplias y los labios sin color. Todo en ellos era verdoso, pero parecían translúcidos. Uno era hombre y la otra mujer y ambos parecían haber sido colocados allí expresamente para aterrorizarme. Al ver que no hacían ningún movimiento amainó la tempestad que se había desatado en mí, pero aún sentía temor. Las manos estaban enguantadas tan perfectamente que no parecía sino que así fuera su piel. Extendió ella su delgado brazo y retiró el lienzo baboso que me cubría. Sentí el cuerpo librado de un gran peso y al mirarme sin ropas recorrí la habitación con la mirada buscándolas. Las hallé a dos pasos y alcanzándolas me vestí rápidamente. Entonces ella hizo con la cabeza la señal de que la siguiera y así lo hice. Salimos de la habitación por un hueco que no había descubierto antes, siguiendo por un pasillo que semejava un túnel de altísimas paredes. Éstas seguían pareciéndome semilla de durazno y al tocarlas las sentí resbaladizas. Después de dar varias vueltas en las cuales no vi ningún orificio, puerta o ventana, desembocamos en una amplia sala, tan grande e imponente como una catedral. También tenía forma de huevo pero en posición vertical —¿dónde estarán la yema y la clara? ¡Oh, pero que estupideces se me ocurren, no me cabe ya la menor duda de que soy un lunático, pero es divertido de cualquier manera sentirse habitante del argentino satélite! Hubiera reído de buena gana de las ideas que brotaban en mi mente, pero descubrí que era observado por una veintena de pares de ojos inexpresivos y fríos. Hombres y mujeres estaban sentados frente a mí en un semicírculo casi al ras del suelo. Los que me habían acompañado habían desaparecido sin que me hubiera percatado. Otra vez estaba semiparalizado de terror, pero ya me estaba acostumbrando a sentirlo y no pensé en huir. Uno de aquellos seres habló: —¿Puede decirnos por qué se arrojó? ¿Cuál es su nombre? ¿No sabe lo que esto puede ocasionarle?

Su voz era tan inexpresiva como la mirada de todos ellos; era como si la voz hubiera sido producida por una máquina que hubiera estado en algún lugar lejano y profundo. No entendía lo que se me preguntaba. No recordaba haberme arrojado de ningún lugar y mi nombre era algo que no me importaba en lo absoluto y por ende tampoco a ellos.

Otro repitió las mismas preguntas con el mismo tono, pero recibió la misma respuesta. Siguieron interrogando todos, pero sus preguntas eran inauditas. Me preguntaban dónde había conseguido las ropas, donde había estado antes de arrojarme y otras cuestiones que no sabía y me eran totalmente indiferentes. Solamente una vez me escucharon decir “no sé”. Cuando ya no tuvieron nada qué decir, hablaron aparte y se retiraron. Una mujer diferente de la anterior, pues era más alta, me indicó que la siguiera. Salimos por otro pasillo que desembocó en una abertura muy grande y que deslumbraba con una claridad a la que estaba desacostumbrado. La vi volverse y cerrar tras ella el hueco. ¡Era verdad! ¡Estaba libre! Con los ojos cerrados aún, comencé a caminar temeroso de que ella volviera y me hiciera regresar. Anduve tambaleándome como un ebrio y sentía que chocaba de vez en cuando con cuerpos blandos, pero la felicidad de verme libre no me dejaba pensar en nada. Sentí entonces la presión de una mano en mi brazo y me sentí arrastrado. Abrí los ojos y vi otra mujer que junto a mí me observaba pero sin mucha curiosidad.

—Lo siento, pero estabas obstruyendo el paso. Descansa un poco y vete. Puedo ayudarte, si quieres.

No le respondí. ¿Ayudarme a qué? Yo no necesitaba la ayuda de nadie y menos de una mujer con ojos inexpresivos como los de un pescado en la

refrigeradora de un mercado. Por esa calle —de alguna manera habrá que llamarla— transitaban seres iguales a los que ya conocía. Parecían llevar prisa y casi ninguno reparaba en mí. La mujer tenía toda la tranquilidad de quien cuida un bulto sin importancia sobre una acera. Miraba distraída a otra parte y pensé que esa era mi oportunidad para escapar. No había dado dos pasos cuando sentí su brazo como tenaza de hierro rodearme. Me pareció increíble la extraordinaria fuerza que poseía. No se me ocurría para qué podía esa mujer preocuparse por mí. Me hizo caminar a su lado como hubiera llevado a su hijo y yo miraba a todos con la expresión de un perro que ve una danza de espectros a la medianoche. Ninguno de los dos había pronunciado palabra alguna desde que ella lo hiciera. Yo observaba a mi alrededor las paredes altísimas y carcomidas, el suelo resbaladizo y el mismo líquido viscoso y verde de mi prisión. Llegamos a una amplia explanada sobre la cual, como hongos sobre un llano, se levantaban los minúsculos domos de extrañas construcciones.

Preguntó ella, para mi mayor asombro, por qué me había arrojado y otras cuestiones que ya había escuchado de labios de mis primeros interlocutores. Le respondí que no recordaba nada ni quería hacerlo.

—Entiendo, el golpe debe haber sido muy fuerte. Si quieres puedo acompañarte hasta la plaza. Quizá viendo la torre recuerdes algo.

Me era absolutamente indiferente recordar si me había arrojado o no, y pensé que nada perdería acompañándola. Durante el trayecto distinguí a lo lejos algo parecido a las siluetas de lejanas montañas.

—¿Qué es aquéllo? —le pregunté señalando el opaco horizonte.

—¡No lo sé! —respondió añadiendo sin dar mayor importancia a mi curiosidad no satisfecha—, no puedo entender cómo tuviste la osadía de arrojarte y cómo es que te salvaste del castigo.

Ya estaba cansado de escuchar siempre lo mismo y le respondí con la esperanza de que no insistiera:

—Mire, no sé de qué me habla. No me he arrojado de ninguna parte y le ruego que no hable más de este asunto.

—¿Cómo?, ¿quieres decir que te arrojaron?, ¡pero esto es terrible! ¡No, nadie te arrojó, fuiste tú mismo!, ¿no?

—No sé, no sé. Le digo que no recuerdo nada ni quiero que vuelva a mencionar esto.

—Entiendo. Debe ser terrible que a cada momento escuches quien te pregunte la causa. Pero mira, hemos llegado. ¿No te dicen nada la plaza y la torre?

En efecto, habíamos llegado a una plazoleta en cuyo centro se erguía imponente y majestuosa una torre de construcción excepcional. Había visto muchos obeliscos y torres enclavados en plazas de todos tamaños y formas, pero ninguna que me hubiera impresionado más que ésta. Terminaba en una punta tan aguda que parecía una aguja que quisiera picar el verdoso cielo. Inútil, no recordaba nada relacionado con esa construcción; pero, después de unos segundos, descubrí en la punta algo que me hizo estremecer de pies a cabeza como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Me tiré al suelo gritando, mejor dicho, aullando de terror. ¡Nunca he deseado morir con más ardor que en ese momento! Mi acompañante decía no sé cuántas cosas que no escuchaba; estaba como en otro mundo. La visión de ese objeto me hacía imaginar tantas cosas, creía saber por fin donde estaba, pero no veía nada con la claridad que deseaba. Era preciso que supiera la verdad cuanto antes. Me incorporé con dificultad y ella quiso escapar, ate-

morizada por lo que había visto; pero esta vez fui yo quien la sujetó con fuerza, al tiempo que decía balbuceante:

—Lléveme hasta lo más alto de la torre. Es menester que lo haga de inmediato. Si se niega, lo haré yo solo y esta vez sí que me verá arrojarme y caer a morir a sus pies.

—¡Pero estás loco! Es imposible que subas, no sé por qué te dejaron salir. No he de llevarte yo ¡nunca!

Quiso huir nuevamente pero volví a sujetarla y la hice andar hasta el pie de la torre. No ofreció ya ninguna resistencia.

•

No recuerdo más que confusamente que subíamos por unas escaleras sombrías e interminables y que llegamos después a un observatorio que rodeaba todo el cuerpo de la torre. Del centro de esa pequeña plataforma circular



arrancaba la aguja. En la parte superior había un disco pequeño que servía de base a una estatua muy grande que representaba una bruja como las de los cuentos infantiles. Di varias vueltas a la base de la aguja hasta que descubrí una saliente pequeña y después otra y otra.

Comencé a trepar con una rapidez que hubiera admirado a cualquiera que no conociera el motivo que me impulsaba. Toqué por fin el disco y me di cuenta que la estatua no estaba adherida a la base sino en perfecto equilibrio. No podía entonces detenerme de ella para trepar y verla más de cerca. Un poco descorazonado, pero alentado por un plan que tomaba forma en mi mente, emprendí el regreso.

La mujer me recibió con un abrazo que me produjo asco pero que no rechacé:

—¡Sabía que no te arrojarías, vámonos ya! La has visto bien y quizá hasta te haya hecho recordar algo —decía apartando sus brazos que me parecían tentáculos de pulpo fresco.

¡Sí que me había hecho recordar la estatua, pero no lo que ella creía!

—Escúcheme. Nos iremos tan pronto me diga unas cosas que necesito saber. Hábleme de todo lo que sepa acerca de esta ciudad —le dije con una tranquilidad que no sentía.

—¿De la ciudad? ¡vaya! ¿Qué puedo decirte que no sepas o no estés presenciando?

—Todo, dígame el nombre, la causa por la que importa tanto si me arrojé o no, el porqué de no subir a esta torre, en fin, todo.

—Está bien, si tú lo quieres, aunque no sé para qué pueda servirte ahora. Fue prohibido subir a la torre cuando se dieron cuenta de que era muy buen lugar para suicidarse. De todas maneras terminaremos todos, pero parece que les da mayor ánimo ver personas vivas por las calles. Hace mucho tiempo que no nace nadie y en cambio mueren cada día más y más. Todo está espesándose y no habrá quien resista siempre. Desde aquí se ve cuán verde está poniéndose todo. A veces pienso si será o no mentira la historia de aquel embustero.

—¿Qué historia? Quiero conocerla —dije casi gritando.

—Pero si la conoces tan bien como todos. ¡Ah!, no recordaba que has olvidado todo. No tiene importancia, pero te la diré. Decía que más allá de la estatua estaba el fin del cielo y más allá todavía, otro mundo habitado por seres gigantescos. Que ellos habían abierto en el cielo una grieta por la que entraría el aire de ese mundo a espesar el líquido y enturbiarlo y entonces Ioska moriría con todos sus habitantes. Las casas se derrumbarían y se desbaratarían como trozos de papel mojados.

—¿Recuerda en qué lugar estaba la grieta de que hablaba ese hombre? ¿Dónde puedo verle y hablarle? ¿Ioska es el nombre de esto? —pregunté sin poder disimular más tiempo mi ansiedad, deseando con toda mi alma sacudir a esa mujer para que dijera rápidamente cuanto deseaba saber.

—Sí, se llama Ioska, pero ya podemos empezar a decir que se llamaba, pues es seguro que éste es el principio del fin. Ese hombre murió hace mucho tiempo. Aseguraba que la grieta era más ancha exactamente sobre la torre y que se extendía de un lado a otro. No puedo decirte nada más porque es todo lo que sé. Vámonos.

—No me iré. Déjeme solo, le aseguro que no cometeré la impertinencia de arrojarme. Quiero decirle algo aún. Crea cuanto dijo ese desafortunado y más aún. Crea que esos seres podrían deshacer Ioska entera con el puño sin que ustedes pudieran hacer nada por evitarlo, que esos colores miste-

riosos que se veían cuando el cielo era transparente eran los vestidos o las casas de un mundo exterior para el que esta ciudad es meramente un adorno y un adorno sin importancia alguna.

—¡No te entiendo!, ¿cómo puedes creer tú esas fantasías? Estás loco completamente, me voy. Quédate solo con tus descabellados pensamientos y si quieres, arrójate, que a nadie puede importar ya lo que hagas —dijo al tiempo que desaparecía por las oscuras escaleras.

—¡No creas, no creas! —le grité— después de todo ¿qué te importa?, ¿qué te importa que yo sea uno de esos gigantes, que mi mundo esté fuera y no en esta viscosa ciudad?, ¿qué puede importarte que no sepa cómo volver ni cómo he llegado y que muera aquí dentro cuando no era éste el fin al que estaba destinado?

Pero no me escuchaba ya, ni lo hubiera entendido. Era para ella un loco y ella era para mí un ser repugnante que me hacía recordar que mi vida no estaba allí con esos seres.

A falta de otra cosa que hacer, comencé a prepararme para la muerte inevitable que me aguardaba. Observé la ciudad que se deshacía como papel remojado durante muchas horas. Ioska era una ciudad en agonía, un mundo que moría aprisionado en un líquido que envenenaba cuanto había en él. Las construcciones se despedazaban como animales hacía mucho tiempo muertos. Las calles estaban cubiertas de material blancuzco y las gentes caminaban en medio de ese cementerio que les esperaba. Desde la torre se veía donde terminaba la extensión de la ciudad. Un desierto enorme y blanco la rodeaba y a lo lejos se levantaban las montañas. Nadie sabía lo que eran pero tampoco parecía haberles interesado averiguarlo nunca. Y más allá de esas montañas, más lejos del cielo, estaba mi mundo, mi vida, Silvia.

Cuando me cansé de pensar me quedé dormido, pero me desperté sobresaltado. Sentía un vértigo ya conocido que se apoderaba de mí lentamente. No me sorprendería esta vez. Tambaleándome y sintiendo que todo a mi alrededor daba vueltas, me acerqué hasta la aguja y comencé a trepar. Trataba de afianzarme con todas mis fuerzas pero sentía que un viento fortísimo trataba de arrancarme de allí. Llegué hasta la plataforma sobre la que descansaba en perfecto equilibrio la bruja y al tratar de subir, la vi venirse abajo. No escuché cuando llegó al suelo ni intenté verla. Miraba hacia arriba, hacia la grieta de que he hablado. Era gigantesca y me acercaba volando hacia ella con una velocidad vertiginosa. Parecía que estuviera en el cono de un enorme remolino que me elevaba sin poder evitarlo. Sentí un golpe en el brazo y me di cuenta de que había salido del líquido y atravesaba los aires impelido por una fuerza tremenda. No era capaz de pensar nada, tenía la mente vacía de temores e ideas. No sé en qué momento perdí toda noción de mí mismo.

Sentía una jaqueca que me destrozaba las sienas y escuchaba como entre sueños voces desconocidas. Quise abrir los ojos mas no lo logré. Unos segundos tal vez de silencio y después la inconfundible voz de Silvia. Me sentí a salvo de cualquier cosa al sentir el contacto de su cálida mano sobre la frente. Era casi el paraíso sentir en mí la presión tan conocida de sus dedos. La escuché decir muchas cosas que no tiene objeto repetir ahora; además,

son mías y las guardaré siempre con celo, aunque sé que aumentaré más mi remordimiento. Al abrir los ojos, lo primero que vi fue su sonrisa. Creo que de haber visto otra cosa habría gritado como un niño que se despierta de una pesadilla. Le pregunté qué me había pasado, a lo cual respondió que, al parecer sin causa conocida, había estado dos días semi-inconsciente. Pero que el peligro había pasado. El doctor se acercó y preguntó bromeando quién era esa Ioska a la que tanto había nombrado. Silvia me sonreía, pues sabía que no podía dudar de mí ni aún en sueños y estaba en lo cierto. Las palabras del doctor me tranquilizaron muchísimo, todo había sido un espantoso sueño, del que por fin despertaba. Dormí un poco con Silvia siempre a mi lado. Al despertar le pedí que descansara un poco. Se retiró dócilmente y en cuanto la vi desaparecer, corrí hacia la sala. Busqué con la mirada y encontré la miniatura que quería sobre la mesa, en el mismo lugar que había ocupado desde hacía años. La tomé en mis manos y la acerqué para verla mejor. No quisiera recordar lo que sentí en ese momento. Es imposible que nadie comprenda el terror que me invadió al descubrir, sobre un cuadro diminuto, la estatua de la bruja. La agité con fuerza y se levantaron los pedazos de plástico blancos que habían sido colocados en el líquido para semejar una nevada; la bruja se levantó con ellos y flotaba como si hiciera cabriolas en el verdoso líquido. ¡Bah! —me dije algo más sereno— siempre ha estado así y todo lo he soñado. Arrojé contra la pared la miniatura y la escuché estrellarse. Abandoné de inmediato la habitación y estaba a punto de meterme de nuevo en la cama cuando sentí un dolor punzante en el brazo izquierdo. Me arremangué y descubrí unos magullones enormes y rasguños por todas partes. Lo toqué y sentí un dolor espantoso que me arrancó un grito desesperado por lo cual acudieron Silvia y el doctor.

Mi mirada interrogante iba de uno a otro que parecían más asombrados que yo.

—¿Qué es esto? —preguntó Silvia al doctor con un grito aterrado. Nunca la había visto perder la calma y menos gritar de esa manera. Él no respondió y comenzó a examinar la carne magullada. Pidió agua y otros utensilios que Silvia le llevó con la celeridad de un rayo. Cuando estuve curado ambos me interrogaron cómo y cuándo me había causado aquello. No quise decirles lo que recordaba pues me habrían tomado por un loco y me limité a responder que lo ignoraba. No se lo explicaban y continuaron insistiendo hasta que me exasperaron. Pedí al doctor que nos dejara solos. En cuanto escuché que salía hacia la calle descargué toda mi furia sobre la pobre muchacha. No recuerdo muy bien todo lo que le dije, pero fueron palabras terribles y hasta insultos. No ceso de reprocharme cómo sin hacer caso de sus disculpas destrocé esa alma que hubiera dado por mí toda su vida. La vi llorar y pedir perdón, ¡a ella que no era culpable de nada en absoluto!, ¡a ella que hubiera derramado toda su sangre antes que causarme algún pesar! La escuché pedirme que dejara de hablarle así, pero yo no era yo, era un demonio que estaba dentro de mí. No la golpeé no sé por qué milagro, pues podía haber deshecho todo con mis puños. Por fin caí rendido sobre la cama y lloré. Ella se acercó disculpándose nuevamente. Le grité que se alejara para siempre pues me era odiosa su presencia. A esto respondió con un suspiro que podría haber destrozado a una piedra y me hizo volver la cara para mirarla. Me sonreía, pero su sonrisa reflejaba el dolor de su alma. Le pedí que me olvidara y no volviera nunca, nunca más. Me besó en la frente y se alejó. ¡Perdóname, Silvia!, no sabía lo que hacía, no fui yo quien te hizo eso, era el demonio que estaba en mí.

Fue así como perdí lo único que aún tenía. Silvia me miró desde la puerta por última vez, con un reproche en los ojos llenos de lágrimas. Merezco mil muertes por lo que había hecho ese día, pero nadie me castigará. Los hombres no persiguen esos delitos mayúsculos porque no tienen con qué castigarlos, ni los comprenden hasta que ellos mismos los sufren o los cometen.

\*

Volví a buscar los restos de Ioska. El líquido parecía una gelatina verdosa esparcida en el piso. Toqué los pedazos diseminados y los sentí como papeles mojados. Me aproximé tanto como pude esforzándome en ver algo en movimiento en esa materia acuosa. No vi nada. A poca distancia estaba la estatua de la bruja y la observé con detenimiento. No me cabía la menor duda. Más allá estaba un pedazo de cristal que había formado la campana, es decir, el cielo de Ioska. Lo examiné y vi una pequeñísima resquebrajadura apenas perceptible. Sí —me dije— aunque esté loco y ni yo mismo lo crea, por esta insignificante abertura pasé dos veces y tengo las pruebas en mi brazo herido.

Busqué más vestigios de cosas conocidas, pero no quedaban más que pequeños pedazos de materia flotante en el seno del verdoso líquido. Ioska había muerto por fin. Conservo aún la estatua, pero algún día me desharé de ella. Me repugna su contacto y no entiendo cómo no se deshizo también. Me hace pensar, a mi pensar, que el mundo en el que vivo es igual quizá a ese que sucumbió en mi presencia; si no es la ciencia una manera de preservar lo que terminará irremisiblemente algún día, si no es en balde mi existencia y todas las demás. ¡No, nada es en balde! Aún somos capaces de crear belleza y mientras podamos hacerlo tiene sentido la vida de cada uno. Cuando envenenemos el mundo en el que hemos nacido, cuando veamos que todos nuestros esfuerzos por reparar el mal que hemos causado son inútiles, entonces, como otra Ioska, la tierra desaparecerá.

¿Quiénes son los gigantes de los mundos que no vemos? ¿Quién nos habrá creado para diversión tal vez? ¿Quiénes presenciarán nuestra agonía desde las alturas o quiénes estarán como lo estuve, dentro de nuestras ciudades poseyendo los secretos del universo? ¡Ioska, pude haber ignorado tantas cosas, pero ahora las sé y me causan un pesar inmenso! Pero nadie crea cuanto he dicho, todo es mentira, Ioska es mentira y mentira soy yo.

